

EL LEGADO

DE

ZACARÍAS

Aunque los primeros rayos solares le sorprendían trabajando en la era comunitaria de San Sebastián y sólo los últimos presenciaban su regreso al pueblo, Zacarías “el de la fandanguera”, como se le conocía en Cabra del Santo Cristo y sus contornos, todavía encontraba tiempo y fuerzas suficientes para deleitar a algunos amigos y vecinos con una copla melodiosa o una sugerente historia que entretenía a grandes y pequeños sin distinción.

Su voz, potente y aún lozana a pesar de haber superado ya los 40 años, parecía ajena a aquel enclenque y menudo cuerpo que la albergaba, pero sobre todo contrastaba con su rostro, intensamente cetrino y tan árido y agrietado como la tierra yerma y degradada en la que trabajaba a diario. Esa portentosa garganta –la única herencia que se supiera le había dejado su madre– le permitía cantar y hablar sin desmayo siempre que su gáznate estuviera regado con un poco de vino tinto y dispusiera de una hogaza de pan que mitigara el voraz apetito que lo acosaba a esas alturas de la jornada.

Durante horas, aunque se encontrara más doblado que una alcayata después de estar en el campo durante toda la jornada, era capaz de hilvanar prácticamente sin interrupción canciones, chascarrillos y cuentos que sus anfitriones recibían invariablemente con regocijo y satisfacción. Su amplio repertorio lo había aprendido en la niñez, mezclándose con los recoveros, comerciantes, mercachifles y feriantes que a principios del pasado siglo visitaban de pascua en cuaresma aquella perdida población de Sierra Mágina.

Zacarías, solícito como era, en cuanto alguien se lo pedía ponía a trabajar su privilegiada memoria y a través de una desdentada sonrisa sacaba a relucir un torrente de sonidos que nada tenía que envidiar a los gramófonos que por aquella época comenzaban a inundar de armónicos sonidos las casas más pudientes de Cabra del Santo Cristo.

Una de las canciones que más le solicitaban, en especial los más jóvenes, era una titulada ‘Vengo buscando novia’, que “el de la fandanguera” interpretaba con voz vigorosa y cierta sorna.

Vengo buscando novia
porque me quiero casar,
quiero que no sea muy gorda
ni tampoco muy delgá.
Que maneje la cocina
y cueza bien el puchero,
y que entienda de costura
y gaste poco dinero.
Con estas condiciones
que aquí ponemos y algunas más,
la niña que me quiera
que lo consulte con mi papá.
Vente conmigo un año
viviendo juntos para probar
y, si me conviene,
pasado el año me he de casar.

Al terminar ésta y otras coplillas, el cantaor era profusamente felicitado, y un coro de voces le animaba a que siguiera con su retahíla. Sólo cuando la luna gobernaba majestuosa las estrelladas noches de Sierra Mágina, Zacarías “el de la fandanguera” anunciaba su marcha a los anfitriones no sin antes advertir con un redoble de palmas sobre sus rodillas, aprendido de unos buhoneros a los que vio actuar hacía muchos años en el pueblo, que ésa era la última historia del día. Zacarías se despedía de la familia que lo acogía y emprendía un tanto afligido el regreso a su casa, donde María lo recibía casi con cara de ajo y una reprimenda preparada a conciencia.

Pero no eran su mujer o sus riñas, que por otro lado bien sabía como aplacar, el motivo de su pesadumbre. Pocas cosas le producían tanta alegría y a la vez una tristeza sin par como aquellos encuentros familiares que en tantas ocasiones amenizaba. El alborozo y el buen ambiente que reinaba en aquellas matanzas, comidas y reuniones repletas de personas, el ruido y el murmullo que surgían espontáneamente, contrastaban con el silencio que imperaba en su hogar. Zacarías y María vivían solos, y aunque llevaban muchos años casados aún no habían tenido descendencia. Y la ausencia de hijos había entristecido su existencia, porque si Zacarías ansiaba algo en el mundo era tener un vástago al que poder transmitir todas las tradiciones, historias, leyendas y coplas que él había aprendido a lo largo de su vida.

Aquella noche, Zacarías “el de la fandanguera” la había pasado en la casa de los Arizmendi, una acaudalada familia de origen vasco que vivía en Cabra del Santo Cristo desde hacía más de una década y a cuyo patriarca conocía por la extraña afición que tenía de hacerle retratos a todas horas. Don Arturo, que así se llamaba su anfitrión, era la antítesis del segador: alto y fornido, tenía un espeso bigote azafranado y el pelo rubio, abundante y rizado y siempre limpio y brillante, que contrastaba fuertemente con la incipiente calvicie de Zacarías y el escaso cuidado que prestaba a su aseo personal.

Pero a Arturo Arizmendi no le importaban el aspecto sucio ni las ropas desgastadas y raídas del campesino, y disfrutaba como el que más con sus historias. El segador, aunque al principio se sentía cohibido entre los miembros de aquella familia tan rica y apenas atinaba a responder con monosílabos las cuestiones que le planteaban, olvidaba pronto su timidez y comenzaba a divertir con sus chascarrillos y gracias a los seis hijos que don Arturo y doña Rosario tenían en común. Los niños y también los mayores sonreían y celebraban sus

ocurrencias, pero en la casa de los Arizmendi se esperaba sobre todo el momento de la narración de alguna de las muchas leyendas que conocía y repetía como un juglar del medievo, especialmente una que a Zacarías también le encantaba, la del tesoro de Gallarín que el rey moro Almanzor había enterrado en un cortijo de Sierra Mágina, unas riquezas que tantos y tantos habitantes de la comarca habían buscado a lo largo de los siglos sin éxito y cuyo misterio encandilaba a todos los que la oían.

Siempre que visitaba la mansión de los Arizmendi se marchaba con alguna ristra de chorizos, una morcilla o un buen trozo de tocino, que su propietario le regalaba en agradecimiento por los buenos ratos que le hacía pasar. Pero más que las ricas viandas, Zacarías valoraba las conversaciones que en privado mantenía con don Arturo, que aunque apasionado de la fotografía era médico de profesión. Después de mucho discutir con su mujer, “el de la fandanguera” había logrado su aprobación para pedirle al doctor Arizmendi consejo sobre el problema que cada día minaba más su alegría.

Don Arturo era un médico generalista que no sentía especial aprecio por su trabajo, pero sí era un hombre de mundo que había viajado por toda España y que conocía a muchos colegas de profesión. Antes de marcharse esa noche de la casa de los Arizmendi, Zacarías, no sin cierta dosis de sonrojo, narró ya a solas al galeno sus vicisitudes en la búsqueda hasta entonces infructuosa de un heredero.

–Lo hemos intentado todo, don Arturo –comenzó el segador su historia, en ese caso real y propia–. Mi mujer es muy pudorosa y, además, demasiado religiosa para hacer algunas cosas que ya le ha censurado en la confesión el cura, pero tenemos tantas ganas de tener chiquillos que hemos seguido los consejos más disparatados...

Zacarías le contó al doctor que, después de muchas discusiones, habían cambiado la forma tradicional de acostarse juntos para probar otras posturas, por si resultaban más efectivas.

–Incluso hemos llegado –le dijo ruborizándose aún más– a dejar encendido el candil mientras... –el segador carraspeó–. Bueno, ya sabe usted, pero ni por esas.

El médico esbozó una sonrisa que no amilanó al segador, que se dispuso a proseguir su relato con el regusto amargo del que se sabe haciendo un ridículo obligado.

–Déjalo, Zacarías, eso no creo que tenga importancia –le dijo el doctor poniéndole la mano sobre el hombro–. Por lo que he estudiado y por mi propia experiencia, la posición adoptada tiene poco que ver en estos asuntos. De hecho –añadió bajando un tono la voz–, mi mujer y yo somos muy tradicionales y mira los resultados, seis y otro que está en camino. Zacarías se mostró sorprendido por la noticia, que no había percibido por sí mismo pese a visitar aquella casa asiduamente, y felicitó sin demasiado entusiasmo al doctor.

–Lo único que puedo aconsejarte es que visites a un especialista amigo mío que vive en la capital, el doctor García Triviño, que sabe mucho de esos temas íntimos de mujeres –le dijo el doctor Arizmendi.

Zacarías le pidió la dirección del médico capitalino y se despidió con una esperanza renovada que quiso confiar inmediatamente a su esposa. Ella, sentada en su mecedora, iluminada por la insuficiente luz de un candil, lo esperaba en la casa-cueva en la que vivían haciendo su enésima cesta de mimbre del día. Al verlo entrar, lo miró casi sin levantar los ojos, pero no le dijo nada.

–Buenas tardes, María –saludó el segador con tacto, intuyendo el enfado de su esposa–. Tengo una gran noticia –añadió esperando alguna respuesta que aguardó un rato en vano–. He estado en casa del doctor Arizmendi y me ha explicado que nuestro problema puede tener solución, que tiene un amigo en la capital que tal vez pueda ayudarnos.

Sin hacer gesto alguno ni dejar su labor, María emitió un susurro ininteligible para Zacarías, que se acercó tímidamente a su esposa. Inesperadamente, ésta se levantó y lo miró fijamente.

–Desde cuándo es por la tarde estando la luna en el cielo –le espetó sin apartar la mirada de su rostro.

–Pe... Pe... Pero... –tartamudeó “el de la fandanguera”–. Es que me he entretenido en casa del médico y...

María lo dejó como tantas otras veces con la palabra en la boca. Se volvió y, cogiendo el candil, se dirigió al dormitorio. Zacarías la siguió poco después. La encontró ya acostada, tapada con la manta hasta la cabeza. El segador se desvistió a oscuras, tirando la ropa al suelo. Primero se desprendió del sombrero raído, y a continuación se despojó sucesivamente del desgastado chaleco, del fajín rojo, de la camisa de cuadros casi imperceptibles, y del pantalón que cada vez parecía estarle más holgado, no sabía si porque había cedido el elástico de la cintura o porque con los años se estaba quedando más enjuto aún.

Zacarías se introdujo lentamente en el desvencijado catre que les servía de cama, y muy despacio, como un cazador que se acerca a una presa desprevenida, comenzó a acariciar el pelo de María. Pese a la estrechez de la cama, la mujer consiguió separarse un poco de su marido, lo suficiente para que éste dejara de rozarla. El segador no se desanimó y volvió poco después a su asedio, que esta vez acompañó con un leve quejío que, ante la pasividad de su esposa, fue aumentando progresivamente. Las caricias y la copla, cantada ya al oído de María, obraron el milagro tantas veces alcanzado de tornar el enfado en llanto, el llanto en abrazo, el abrazo en besos, y los besos en todo lo que sigue en estos casos.

Al terminar de copular, ambos se entregaron a las caricias, que Zacarías interrumpió volviendo al tema que llevaba carcomiendo su cabeza toda la noche.

–María, el doctor Arizmendi me ha dado la dirección de un médico amigo suyo de la capital que tal vez pueda ayudarnos a solventar nuestro problema –le dijo nuevamente esperanzado Zacarías.

–No sé por qué insistes con ese tema –le respondió María–. Ya sabes que estoy seca, y por mucho que insistas no hay nada que hacer. Y menos aún por lo que diga ese medicucho, que si acaso es Bachiller por Cabra mientras la boca no abra.

Zacarías permaneció en silencio unos instantes, en los que cesó en sus caricias a su mujer. Después, se dio la vuelta para darle la espalda.

–No sé por qué le vamos a hacer caso –insistió María–. Ya sabes que en el pueblo se dice que no es capaz de curar ni un catarro.

El segador siguió sin inmutarse, y esta vez fue su esposa la que se acercó a él para acariciarlo.

–Además, no tenemos ahorros –prosiguió–. ¿Cómo vamos a ir a la capital y con qué le vamos a pagar al otro médico?

–Sí que tenemos dinero –se incorporó Zacarías en la cama ante el leve resquicio de cambio que había ofrecido su mujer–. Se lo he dicho al doctor Arizmendi y él nos lo dejará. Ya lo tenemos acordado, me ha dicho que me prestará cinco duros y cuando cobremos la cosecha de este año podré devolvérselos.

–Pero estás loco –le replicó María–. Por mucha cosecha que te corresponda este año en la era comunitaria es imposible que puedas conseguir ese dinero. Esos espartizales se secaron lloviendo, no creo que ahora se hayan convertido en un jardín.

–Bueno, también contaba con el dinero que tú puedas sacar con tus cestas de mimbre, y si es menester nos podemos poner a majar esparto a destajo o puedo salir a cuidar ovejas o cabras cuando no tenga que estar en la era o...

–No te hagas tantas ilusiones –lo interrumpió María–. Por eso a lo mejor logramos unas gordas, puede que alguna peseta, pero ¿cinco duros? En la vida.

–El doctor Arismendi no ha dicho que se los tenga que devolver inmediatamente –le aclaró Zacarías–. Creo que al menos debemos intentarlo –sentenció, antes de levantarse del catre y abrir

haciendo un estridente sonido el postigo de la única ventana de su cuarto. Zacarías se asomó y atisbó algunas nubes en el horizonte.

–Deberíamos ir cuanto antes –continuó el segador–. El morrón de Solera tiene montera, y ya sabes que cuando esto pasa llueve quiera Dios o no quiera. Si mañana amanece lloviendo no iremos a la era y sería el día perfecto para viajar a Jaén.

Zacarías regresó al camastro y, pese a los argumentos que María había esgrimido en contra de hacer aquel viaje, no dio su brazo a torcer. Al amanecer, después de permanecer despierto casi toda la noche, el segador abrió la ventana ansioso, esperando un nuevo diluvio universal. Pero se encontró con un incipiente y anaranjado sol sin más obstáculos que una leve neblina en el horizonte. Maldiciendo la climatología, “el de la fandanguera” comenzó a vestirse con la ropa que la noche anterior había esparcido por el suelo de su habitación y salió de la casa sin dar a su esposa el habitual beso de despedida en la frente.

En la era se unió al grupo de segadores que durante los últimos días de septiembre se estaba dedicando a depositar las semillas que posibilitarían la siguiente cosecha. Mientras unos utilizaban los arados que arrastraban un par de parejas de famélicos bueyes para hacer surcos en la agostada tierra, los demás, entre los que ese día se encontraba Zacarías, portaban espuelas con simientes y se entregaban a la tarea de esparcir los granos de los que, si las lluvias acompañaban ese otoño, brotarían el trigo y la cebada.

El trastorno que el tiempo había provocado en los planes de Zacarías lo tuvo extrañamente de mal humor buena parte de la mañana, pero a partir del mediodía la meteorología comenzó a mostrar signos de cambio y poco después de la una de la tarde comenzó a caer una lluvia que primero los refrescó y después los obligó a buscar refugio bajo los escasos árboles que rodeaban la era.

Después de media hora de lluvia, los segadores decidieron suspender su tarea y volver al pueblo para dejar que el agua reblandeciera la tierra y facilitara así la tarea de ararla. Zacarías

regresó pletórico a su cueva por la calle Real, en la que, por una vez y sin que sirviera de precedente, no se detuvo en la casa de algún amigo o conocido. Las canciones y coplas que en tantas ocasiones había interpretado alegremente en otros hogares las tenía reservadas ese día para su mujer, porque si seguía lloviendo durante la tarde deberían hacer el viaje a la capital en la jornada siguiente.

Por la noche continuó la lluvia. El segador se levantó antes de que la luz del día comenzara a aparecer y comprobó con satisfacción que sus impresiones en la cama habían sido reales y no un sueño provocado por su ansiedad. Comenzó a vestirse y llamó a María. Es la hora, le dijo. La diligencia hacia la capital salía sobre las nueve de la mañana, pero antes tenía muchas cosas que preparar. Nunca antes había estado en la ciudad y por eso quería tenerlo todo previsto. El dinero en una faltriquera oculta en el interior de su chaqueta, un sombrero más nuevo que quería pedirle prestado a su amigo Anselmo, lustrarse los zapatos, darse un baño a conciencia y, sobre todo, visitar de nuevo al doctor Arizmendi para asegurarse de que el esfuerzo merecía la pena.

Mientras “el de la fandanguera” se ocupaba de esos menesteres, María se entretuvo en preparar un capacho en el que introdujo una hogaza de pan, algo de morcilla y chorizo y un par de tomates para el largo camino que separaba Cabra del Santo Cristo de Jaén. Casi un día entero, le habían dicho algunas vecinas que se empleaba en el viaje. A la mujer del segador casi se le saltaron las lágrimas al escuchar aquello, pero ya no podía echarse atrás.

Después de volver de casa del médico, Zacarías entró en su casa y encontró a María con su mejor vestido, ataviada con un pañuelo de colores que le daba un aspecto más juvenil y desprendiendo un olor que “al de la fandanguera” le pareció celestial.

–¡Qué guapa estás! –le dijo sin poder reprimirse antes de dedicarle una copla a propósito de la belleza de las mozas de Cabra. María, como casi siempre que su marido le cantaba, acabó riendo a carcajadas y diciéndole que seguía siendo muy galante. Sonriendo, salieron juntos de la cueva, que cerraron con llave y con la liturgia que María repetía cada vez que abandonaba su hogar, aunque fuese sólo por unos minutos.

–Santo Cristo, el de Burgos, el de Roma y el de Cabrilla. Miradme por mi casica, mi camica y mi persona –recitó en voz alta.

Zacarías conocía el ritual y la esperó unos metros más adelante, mirando de reojo al Ayuntamiento, donde ya esperaba la diligencia. Cuando María lo alcanzó, le pidió que la acompañara hasta la hornacina donde se encontraba la Virgencica.

–Quiero que nos traiga suerte y nos proteja en el viaje –le dijo María mientras “el de la fandanguera” miraba de nuevo la diligencia, que parecía que aún no iba partir.

–Pero no le rezaste ya ayer –le contestó Zacarías–. Si todos los días cuando subes del lavadero te detienes a orar, para qué te quieres parar hoy también.

–Porque hoy no voy a poder hacerlo –le repuso su esposa–. Me han dicho que el viaje dura todo el día y no me sentiré tranquila si no le rezo una salve al menos.

–Está bien –accedió finalmente Zacarías–. Pero no te entretengas mucho.

Ambos dejaron atrás el Ayuntamiento y se dirigieron hacia las afueras del pueblo, donde se encontraba la casilla en la que se exponía la hornacina de la Virgencica. María oró durante varios minutos mientras, apartado de ella, Zacarías la observaba deseando que la fe de su mujer en aquella imagen les ayudase a tener un hijo.

Poco después subieron a la diligencia, un vehículo ya viejo, mal terminado, con las puertas y la carrocería desgastadas por el paso del tiempo, la pintura corroída por las lluvias y las inclemencias meteorológicas y unas ruedas a las que faltaban varios radios. María se persignó al subir y Zacarías resopló antes de colocar el capacho con la comida al lado de su mujer. Eran los

únicos viajeros de Cabra que aquel día se desplazarían por la sierra, pero el conductor les comentó que antes de dirigirse a la capital deberían recoger a otros pasajeros en Bélmez de la Moraleda y Huelma.

Durante el camino, Zacarías entabló conversación con alguno de aquellos viajeros, todos hombres, que en solitario se dirigían a la capital para diversos menesteres, pero llegado el momento de la comida sólo compartió su almuerzo con María. Esto no gustó en exceso al resto de los pasajeros, que a partir de ese instante comenzaron a ignorarlo. “El de la fandanguera” intentó mostrar su lado más animado y chirigotero, pero sus compañeros de viaje no le rieron las gracias e, incluso, se mofaron de él por ir especialmente arreglado para, como les había dicho, ser un segador.

–De Cabrilla y con corbata, taratata –le dijo un hombre que se había subido a la diligencia en Bélmez de la Moraleda a otro de los pasajeros. El resto de los acompañantes se rieron y Zacarías no pudo contenerse.

–De la Moralea las putas, de Solera los cabrones, de Huelma los hijoputas y de Jódar los ladrones –dijo como si hablara con su esposa, que lo miró un tanto sorprendida.

Afortunadamente, entre los viajeros no se encontraba ninguna mujer ni ningún galduriense, aunque un joven que se había incorporado al grupo en Huelma le exigió una disculpa y que hiciera una excepción con su persona, algo a lo que Zacarías “el de la fandanguera” accedió de mala gana. Pero su exabrupto, al menos, sirvió de advertencia a sus acompañantes, que ya no los molestaron más durante el viaje.

En la capital tardaron bastante en encontrar la dirección del amigo del doctor Arizmendi. Aquella ciudad era infinitamente más grande que Cabra del Santo Cristo, había muchas más personas y María se asió a su marido como si fuera a perderse, tanto o más como éste se agarró a la cesta de la comida. Finalmente llegaron a la casa del doctor García Triviño, donde les atendió una mujer que les hizo pasar a una estrecha sala en la que había otras señoras sentadas.

–En un momento les atenderá –les dijo–. Ya nos avisó el doctor Arizmendi que vendrían.

Zacarías miró a su mujer esbozando una mínima sonrisa y María guardó silencio. Pocos minutos después ambos pasaron a la consulta del galeno, quien les pidió cortésmente que tomaran asiento.

–Mi colega Arturo Arizmendi ya me avanzó su caso y espero que pueda serles de ayuda –comenzó su discurso–. De antemano les digo que con su edad, la posibilidad de concebir es bastante reducida y, además, durante el embarazo tanto la mujer como el feto pueden padecer bastantes problemas de salud.

–Pero, doctor –protestó levemente Zacarías–. Don Arturo me había dicho que usted era muy buen médico y que...

–Sí, sí –lo interrumpió el doctor García Triviño–. Pero eso no quiere decir que su caso tenga solución. Habría que hacer una exploración, tratamientos... –hizo una pausa–. Y eso cuesta dinero.

–Tenemos dinero –contestó con firmeza Zacarías alzando un poco la voz–.

–Bien, bien. Si es así... Pues acompañeme, señora –dijo el médico capitalino dirigiéndose por primera vez a María que, temblorosa, sin acabar de levantarse de la silla, agarró la mano de su marido.

–Será sólo un instante –le aclaró el doctor, que algo más suavemente la tomó del antebrazo y le pidió que lo siguiera.

Zacarías se quedó sentado en aquella consulta unos minutos que le parecieron días. Poco después volvió María, con los ojos húmedos y temblando ostensiblemente, seguida por el doctor. El segador, que conocía a su esposa, lo desafió.

–¿Qué le ha hecho? –le dijo antes de que se sentara.

–Una exploración, un examen –le contestó lo más tranquilo que pudo el doctor–. Intuyo que hasta hoy no se había realizado ninguno.

Zacarías lo miró muy serio y después observó a su mujer, que parecía más tranquila.

–Es normal que se haya asustado un poco y que desconfíe –le dijo el médico–, pero esto es lo habitual.

–¿Y qué ha detectado? –le preguntó impaciente y con escaso tacto Zacarías.

–Pues que en principio todo está bien. No podría decirles por qué no han tenido hasta ahora hijos, pero eso no significa que no puedan engendrarlos en cualquier momento.

Zacarías explotó de alegría ante el dictamen médico y sin esperar más explicaciones se lanzó a besar a María y, a renglón seguido, a abrazar al médico que, estupefacto, no supo cómo reaccionar. Cuando el campesino lo liberó, matizó sus palabras.

–Esto también quiere decir que en poco o nada les puedo ayudar. Por lo demás, le voy a recetar unas vitaminas para que se fortalezca y, eso sí, sólo puedo decirles que sigan copulando pero siguiendo unas instrucciones que les voy a entregar, para que sepan qué días son los más fértiles y es más factible que su señora se quede embarazada.

El segador agachó la cabeza y, dándole vueltas entre sus dedos al sombrero que le había dejado Anselmo, le dijo que no sabían leer.

–Está bien, está bien –dijo el galeno–. Si les parece bien a ambos, enviaré estas instrucciones a mi colega el doctor Arizmendi, y él les indicará lo que deben hacer.

A Zacarías se le iluminó el rostro ante la posibilidad de que don Arturo, al que él ya consideraba su amigo, pudiera enseñarles cómo seguir el tratamiento. A María, más que iluminársele, la cara se le tiñó de un rojo intenso al presentir que aquel médico del que tan mal hablaban en el pueblo fuera a saber sus intimidades mejor que ella misma o su confesor.

Ya de acuerdo en el procedimiento, Zacarías dio varias veces las gracias al doctor y éste los acompañó fuera de su consulta, donde la mujer que los había recibido los esperaba. Ella fue la encargada de indicarles el coste de la consulta.

–Son dos duros –les dijo secamente. Ése era el dinero que les sobraría después de pagar el viaje, pero a Zacarías no le importó quedarse sin ese capital y sin poder comprar sus vitaminas después de haber escuchado de boca de un médico que todavía era posible tener descendencia.

Unos meses después, María seguía sin concebir ningún hijo. La sangre que cada mes brotaba regularmente de su mujer hacía que sus esperanzas fueran progresivamente menguando. Por más que, como les explicaba el doctor Arizmendi, entre los días once y catorce de cada regla se producía el periodo fértil de la mujer, los resultados seguían siendo nulos. Zacarías había perdido toda la fe en la medicina, un sentimiento que María conservaba en la religión. Siempre que podía iba a rezarle a la Virgencica, aunque las visitas a la Iglesia se habían espaciado, ya que los consejos médicos no habían gustado en exceso al párroco de Cabra, que los había tachado poco menos que de obscenos y lujuriosos.

Los días y las semanas continuaban su monótona transición sin noticias positivas para Zacarías “el de la fandanguera” y su esposa, que además tuvieron que asistir poco después al sepelio de la mujer de Don Arturo, que había fallecido al dar a luz a su séptimo hijo. El fracaso en su intento de tener hijos, pese a los consejos médicos, había minado un tanto la amistad de Zacarías con el doctor Arizmendi, pero aún así se acercó a la casa del doctor unos días después del entierro para darle personalmente el pésame. El galeno le agradeció el detalle y le preguntó por sus cuitas.

–Nada de nada, Don Arturo –le contestó un desesperanzado Zacarías–. Por más que hemos seguido sus recomendaciones, no hay manera. Estoy casi resignado a no conocer la alegría de tener un hijo. Pero siento molestarle con mis problemas. Bastante tiene ya con los suyos –le dijo.

–Ten paciencia, eso nunca se sabe –lo animó el médico.

–Y usted, ¿qué tal está? –se interesó “el de la fandanguera”.

–La verdad es que no esperábamos esto, pero mi mujer ya llevaba muchos partos auestas y es un riesgo que se corre –le explicó–. Lo peor es lo del niño, no sé muy bien si podrá sobrevivir sin su madre, pero Dios proveerá.

Unos días después, lo que Zacarías pensaba que nunca oiría en su casa lo escuchó en su puerta. Al principio le pareció el maullido de un gato pequeño, o tal vez el gruñir de un perro. Por eso se acercó hasta la puerta de su cueva y salió a ver qué ocurría. Su sorpresa fue descomunal cuando comprobó que aquellos sonidos provenían de una especie de fardo, y que quien los producía era un rollizo bebé, de piel muy blanca y de rubio y abundante pelo, que parecía tener pocos días. Zacarías lo recogió rápidamente y lo entró a su casa para enseñárselo a María.

–Es un milagro –le dijo entregándoselo a su mujer. Con el bebé en brazos de María, ambos se echaron al suelo y, de rodillas, agradecieron a la Virgencica el regalo que les acababa de enviar. De nuevo de pie, María comenzó a llorar.

–Es maravilloso, Zacarías, pero no sé cómo lo vamos a alimentar –se lamentó mirando los mofletes del pequeño por los que resbalaban unas enormes lágrimas–. No tenemos leche, ni dinero para comprarla, y además le debemos cinco duros al médico...

El campesino levantó su dedo índice y se lo puso a María sobre los labios y, mostrando sus encías sin dientes, sonrió confiado:

–Dios proveerá –le dijo cogiendo de nuevo al niño, que seguía berreando, para acunarlo en su regazo. Como el retoño no paraba de llorar, el segador aprovechó su mejor virtud para intentar apaciguarlo. Con voz queda, pero en el tono más cálido y dulce que pudo, le cantó una nana que

su madre le había enseñado a él de pequeño. El niño se tranquilizó, y cuando Zacarías terminó la canción comenzó a narrarle la historia del tesoro del moro Gallarín, de Almanzor, aquel rey musulmán que controló casi toda España hacía ya más de mil años y que escondió enormes riquezas en Sierra Mágina... y de aquella comarca en la que tantas leyendas y casos tan excepcionales como el suyo habían sucedido. Poco después, el bebé se durmió por fin.